

## APOSTILLA

### MICROHISTORIA E HISTORIA TOTAL<sup>1</sup>

APOSTIL. MICROHISTORY AND TOTAL HISTORY.

Giovanni Levi<sup>2</sup>

Vivimos hoy en un mundo globalizado. Obviamente, esto no es una novedad, incluso si la globalización actual ha tenido una progresión y una velocidad enormemente más intensa de la que ha conocido toda la historia de la humanidad, desde cuando algunos africanos de la especie *Homo sapiens* atravesaron los mares y los desiertos para expandirse por Asia y por Europa. Lo cierto es que nuestra globalización ha despertado recientemente el interés de los historiadores. Pero, en muchos casos, siguiendo una moda o un reclamo colectivo, se han dedicado a estudiar las interconexiones entre áreas y continentes, desestimando muy a menudo el problema del modo en que los fenómenos globales generaron continuamente nuevas formas de fragmentación.

El hecho es que lo que se globaliza –la realidad financiera y económica o el mundo de la información o el movimiento de enormes masas de personas– sólo respeta parcialmente esta realidad cambiante, pues esta transformación no ha estado acompañada de la más lenta globalización de su control político y social.

Las consecuencias han sido la consolidación de un extra poder, un sistema financiero acrecentado sobre sí mismo que no provee suficiente sostenimiento a la economía real, el aumento de las desigualdades, la formación de grandes monopolios y la ausencia de la propagación global del bienestar.

En este sentido, me parece importante preguntarse si es posible practicar una historia global que no sea también una historia social y política, y si es justo que los historiadores abandonen sus tradicionales puntos de observación en la elaboración de una investigación histórica sin reclamar un lugar crítico en el cual colocarse, en la clave de los fundamentos de nuestro propio oficio. Aunque al mismo tiempo, los historiadores efectivamente se cuidan de abandonar etnocentrismos y nacionalismos.

Si bien globalización e historia global no coinciden, hay un aspecto político –y también un importante flujo de financiamiento a la investigación– en este interés por la

---

1 Una versión de este texto ha sido publicada como prefacio a G. Levi, 2020. *L'eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*. Milano: Il Saggiatore. Agradecemos al autor su colaboración en este dossier. La traducción es de Ricardo Pasolini.

2 Profesor emérito de la Università Ca' Foscari, Italia.

globalización: en la base está la idea historicista y neoliberal (en mi opinión hoy imperante) de una única solución posible ante la situación del mundo, la de una sociedad desordenadamente capitalista. Quienes practican la historia global sugieren que es necesario renunciar a una historia que parta de los Estados y promueven una historia que critique el etnocentrismo y considere un mundo en el cual los intercambios culturales y económicos superen los confines, para identificar las conexiones entre realidades diferentes y lejanas. Este es un proyecto fuertemente ideológico que no quiere proponer un nuevo método, sino una forma distinta de atención de los problemas que termina por olvidar cosas esenciales –por ejemplo, el rol siempre importante de los Estados– sin diferir demasiado de lo que la historiografía anterior ya ha hecho.

Yo he imaginado mi trabajo de historiador de una manera diferente, como una investigación sobre los modos en que funcionan las mujeres y los hombres en contextos siempre diversos, también en un mundo conectado de múltiples formas y con una intensidad creciente. Por lo tanto, he considerado que los progresos en la historiografía refieren más a los métodos, al modo de identificar y de afrontar los problemas, que a los objetos que se estudian.

Mi libro *La herencia inmaterial* es, en este sentido, un ejercicio de esta disposición historiográfica. Un libro que fue escrito hace treinta y cinco años, en unas situaciones culturales y políticas muy diferentes de las actuales. Así y todo, ha tenido una larga vida hecha de discusiones, traducciones en múltiples lenguas y en muchos países, de manera que estos treinta y cinco años no lo han visto yacer inerte en los estantes de las bibliotecas. Ha nutrido también un debate que se mezcló con la propuesta de un método nuevo de estudio y escritura de la historia: esa experiencia y esa práctica que ha sido llamada *microhistoria*.

La microhistoria fue una propuesta de método nacida precisamente en los inicios de los años ochenta activada desde las páginas de una revista, *Quaderni storici*, y acompañada por una colección de libros, *Microstorie*, que publicó la editorial Einaudi entre 1981 y 1991. La propuesta fue clara: cambiando la escala en la lectura de los documentos, de los objetos y de los hechos, aparecían problemas relevantes que estaban ocultos a una mirada más panorámica de las fuentes. Parafraseando a Robert Musil, se quería mostrar cuántas cosas importantes sucedían cuando aparentemente no sucedía nada. No se ocupaba de pequeñas cosas, sino que leía las cosas con un microscopio. De ese modo, la reconstrucción histórica podía ampliarse hasta incluir textos muy diversos entre sí respecto de su relevancia, tales como una reinterpretación de la condena de Galileo Galilei, una relectura de un cuadro de Piero della Francesca, un análisis de la forma del arado en los conflictos entre colonos y propietarios, o incluso –como en mi caso– la investigación de las relaciones entre un exorcista y una minúscula aldea periférica. En fin, se trataba de identificar cosas relevantes sin la pretensión de generalizar situaciones, personas o lugares: individualizar y generalizar preguntas, pero conservando la particularidad del objeto que se estudiaba, imaginando el trabajo del historiador como la tarea del planteo de preguntas generales, que se pueden dirigir a situaciones

diferentes para obtener de ellas la ventaja que implica la diversidad de respuestas posibles, pero preservando la irreductible particularidad de toda realidad histórica. Edoardo Grendi, Carlo Ginzburg, Carlo Poni, y también otros historiadores de otros países (Edward Thompson y Natalie Zemon Davis, entre otros), fueron los protagonistas de la propuesta de la microhistoria.

En los treinta y cinco años sucesivos al lanzamiento de esta propuesta de método, se ha discutido mucho sobre ella y, a menudo, se ha enfatizado sobre lo equívoco del nombre: para muchos, lo *micro* ha sido el objeto, las pequeñas cosas, lo local, los individuos, en vez de ser el método de lectura, la mirada entendida como una perspectiva para mostrar toda la complejidad.

Lo cierto es que también el mundo se había transformado: un mundo dominado por el poder bipolar de los Estados Unidos y la Unión Soviética era un mundo aparentemente simple de leer. La historiografía de este período creía en la fuerza de los valores y las ideas aparentemente claras y legibles para todos, que componían una imagen de un mundo de solidaridades sociales automáticas y de áreas culturales homogéneas.

Pero el derrumbe del sistema soviético, con la multiplicación de subimperialismos, mostró unas realidades más complejas, interconectadas y globalizadas y, al mismo tiempo, fragmentadas en potentes centros locales y en conflicto entre ellos. Si la realidad se volvió menos comprensible y previsible, las ciencias sociales y la historiografía del período bipolar vieron cómo progresivamente se fueron resquebrajando los conceptos sobre los cuales se habían construido sus certezas. La clase obrera, los sectores medios, los jóvenes, las mujeres, la estructura social, los intelectuales, la cultura popular, incluso la idea de verdad y la misma realidad habían perdido su aparente estado de evidencia. Fue necesario, entonces, dirigir la mirada hacia adentro, identificar las diferencias internas, recuperar la complejidad.

La microhistoria nació precisamente en los inicios de esta transformación prefigurando de algún modo la necesidad de romper con los automatismos aparentes y de poner en evidencia la ambigüedad de las ideas, de las condiciones sociales y de las disposiciones culturales. Lo que se consideraba unitario podía ser visto ahora en múltiples partes; y ello implicaba considerar que la historia estaba hecha de diversidades, por lo tanto, la investigación debía encargarse de quien hablaba y de quien no lo hacía, de los vencedores y de los derrotados, de quienes aparecían en los documentos y de quienes no habían dejado ninguno.

De algún modo, esta disposición intelectual se relacionaba también con nuestra desilusión respecto, por un lado, de la rígida política de la izquierda italiana y europea, incapaz de leer la transformación de la realidad que se estaba operando, y, por el otro, de la perdurabilidad de una lectura estructural-funcionalista y mecánica en la historiografía y, más visible aún, en las ciencias sociales.

El libro relata la historia de un exorcista en una aldea de Piamonte durante el siglo diecisiete. Un solo documento, difícil de interpretar, me sugirió intentar encontrar una explicación del comportamiento del exorcista, de las posturas de los campesinos que

lo seguían y creían en él, y del funcionamiento de las relaciones y de las acciones de un pequeño grupo humano cuya única particularidad era la especificidad y normalidad de su modo de vivir. La documentación inicial se reducía a ese solo documento, pero las fuentes eran muchas si se tenían en cuenta los actos notariales que registraban las decisiones e intercambios entre cerca de los trescientos habitantes de Santena, quienes no sólo mantenían relaciones entre ellos, sino también con comunidades externas a la aldea. Por lo tanto, lo que permitía la comprensión de este pequeño mundo era más la ampliación de la mirada hacia lo que se considerara como el contexto.

La investigación nos ofreció un punto de vista muy particular, que nos permitió hacer preguntas generales aplicables a otras realidades completamente diferentes, para tener un rango indeterminado de respuestas diversas, de acuerdo con un modelo generativo que, al mismo tiempo, sugirió posibles investigaciones sin siquiera imaginar una normalización de una situación que tenía una peculiaridad irreductible en sí misma.

De este modo, la relevancia de las relaciones entre vendedores y compradores de tierras planteó este tema como significativamente innovador, del mismo modo que las preguntas sobre cómo se había constituido la base del éxito de un líder confiado en la fortaleza de su posición social, o el funcionamiento de las relaciones familiares, más allá de la convivencia bajo un mismo techo. En fin, preguntas que sugerían un camino de investigación diferente en muchos planos, incluso por encima de la práctica de la historia tradicional de la familia.

Era, por lo tanto, un experimento que partía de una explícita crítica de los instrumentos usuales de la historiografía para sugerir un método intensivo de observación que permitiera hacer más complejo el cuadro de conjunto, para encontrar preguntas relevantes no inmediatamente evidentes. Tengo la impresión de que los lectores lograron captar que el verdadero objeto del libro no era una pequeña aldea, un exorcista más bien tonto o un mundo campesino limitado, sino el modo de hacer hablar los documentos y el hecho de presentar unas preguntas generales que, por cierto, no implicaban la “generalización” del objeto particular de la investigación.

Exactamente, los documentos: la historia tiene su principal sustento en ellos, pero esto no significa que las fuentes deban ser tratadas como el único instrumento de investigación porque los documentos son siempre parciales y se producen y almacenan de forma diferente. Está en el historiador identificar los problemas a través de los cuales los documentos son leídos, en el esfuerzo por dar voz y presencia también a quienes dejan sólo una documentación parcial, indirecta y limitada. Se trata del esfuerzo por volver protagonistas, equilibradamente, a todas las partes en juego, evitando hacer hablar sólo a los ricos, a los alfabetizados, a los hombres, a los miembros dominantes de una sociedad. De alguna manera, los documentos sólo “hablan” si se tiene en cuenta el modo en que han sido producidos, haciéndoles preguntas originales que, en principio, no parecieran responder: precisamente, son los documentos menos inmediatamente accesibles los que desafían y ayudan al historiador a alejarse de las lecturas más fáciles de aceptar y de comprender. Es que hay una relación de diálogo entre el historiador y

sus fuentes que se anima gracias a su experiencia de vida, a su imaginación, a su conocimiento, a su sensibilidad, a lo que le parece "normal": se trata de elementos que solo indirectamente están ligados a lo que el historiador está estudiando. La comprensión de una sociedad, de una acción o de un acontecimiento no nace sólo de las fuentes, sino también y especialmente de la manera en que el historiador interroga su objeto.

Claro está que la historia se trata de la búsqueda de una verdad que es siempre parcial: escribimos cada año decenas de libros sobre Carlos V o sobre Napoleón, sobre el mundo campesino o sobre la burguesía, tratando de acercarnos a una verdad siempre parcial e inagotable. Nuestro trabajo se relaciona con la literatura, pero es muy diferente de ella -con otros instrumentos y otras vinculaciones tratamos de describir y conocer aspectos de lo que es un humano- y, como todas las ciencias, nunca alcanzará una conclusión definitiva, aunque trate de acercarse más y más a algo sobre lo que nunca se puede decir la última palabra. Es un trabajo sobre la verdad, sí, consciente sin embargo de que nuestras conjeturas serán siempre incapaces de agotar la totalidad de la realidad que afrontamos.

También en este libro he intentado hacer explícito el modo en que he trabajado, superando la perentoriedad de las afirmaciones que la retórica historiográfica a menudo utiliza, para que fuera evidente que construía preguntas generales y que proponía respuestas válidas sólo para la situación específica que estaba relatando.

Como señalé al inicio, la historiografía reciente ha sido invadida -a mi juicio en un modo más bien confuso- por el intento de hacer una historia global, sin reales innovaciones de método a pesar del mérito indiscutible de haber interesado a los historiadores sobre áreas del mundo y sus conexiones a menudo descuidadas. Demasiadas posiciones diferentes proveen imágenes muy diversas de lo que quiere ser la historia global y ya podemos ver las dudas que se plantean ante el acercamiento entre la historia global y la microhistoria. He aceptado con placer la propuesta del editor de volver a publicar esta microhistoria con la convicción de que el método aquí seguido tenga aún algo para decir, en un momento en el cual parece que conocer el pasado es visto como un problema secundario, inútil o incluso peligroso.

El pasado condiciona un presente que se quiere -con mucha hipocresía- imaginar libre en un proceso inevitable de progreso, y libre también de los vínculos con ese pasado. La limitación de la historia a una causalidad fáctica mecánica contribuye a esta devaluación del sentido de la historia, su simplificación a las únicas soluciones que ya han prevalecido. La microhistoria ha sugerido la recuperación de una historia total (no global), es decir, una historia de la complejidad de las acciones y hechos de los que mujeres y hombres han sido y serán protagonistas.